**El Cielo en Sí mismo **

**El hombre es un ser histórico… y finito**

El hombre tiene memoria cognitiva para hacer presente el pasado y para hacer presente el futuro, es capaz de vivir –en el presente- lo pasado y lo futuro, de tal manera que no dejamos de ser lo que hemos sido y, de alguna manera, **somos ya lo que seremos**, lo que deseamos; por eso, en nuestra vida es tan importante la memoria. Apliquémoslo a la vida espiritual:

¡Qué importante es tener presente lo que Dios ha hecho con cada una de nosotros a lo largo de nuestra vida y hacer presente lo pasado, es decir, que no se pierda! Eso forma parte de nuestro ser, como el haber sido creados, nuestro bautismo, nuestro llamado a nuestra vocación, cada momento de nuestra vida donde Dios se ha hecho palpablemente presente: todo eso forma parte de nuestra vida actual; y es, por eso, tan importante hacer a veces memoria de la historia de la salvación de nuestra vida.

Es importante también anticiparse al futuro, ¿**Y cuál es nuestro futuro más gozoso**?: ¡el cielo! A lo que estamos llamados para siempre y lo que el Padre nos tiene reservado. Hacer presente el futuro ya que forma parte de nosotros.

Si pensamos lo que dura la vida, es *nada* comparado con la eternidad. Por ello conviene hacer lo que nos dice nuestro Señor: «*atesoren tesoros en el cielo*» (Mt 6,20). Si nos preguntáramos: «¿Qué preferimos, atesorar tesoros que van a durar una micra de segundo o tesoros que van a durar una eternidad?» Nosotros deseamos lo que está aquí, lo que caduca.

**No queremos nada que antes no hayamos conocido y saboreado**

«*Nada es querido que previamente no haya sido conocido*» No se desea algo, en este caso el cielo, si no lo hemos conocido, realmente, un poquito sí lo conocemos, pues podemos ver lo que la Escritura dice de él y también veremos lo que Dios dice del cielo: ¡*que es buenísimo*!

«*Padrenuestro que estás en el cielo*» es una llamada a decir también: «*Dios mío, quiero estar allí donde Tú estas*», en el cielo. Hay que tener un deseo ardiente de ir a él. Pedir: «Señor, que saboree y desee por encima de todo el cielo».

**¿Qué es el cielo?**

 Es «***vivir con Dios, vivir en Él, vivir junto a Él eternamente***». Es lo que todos anhelamos en la tierra, que es «*estar con Cristo*» -dice San Ambrosio-; «*la vida es estar con Cristo. Allí está el Reino, la vida es Cristo*». Además, es una ganancia el morir. Dice San Ignacio de Antioquía, cuando le piden que renuncie al nombre de Cristo –que apostatase-: «*Por favor, no queráis que muera* –que significa no queráis que apostate-, *dejadme vivir* –que significa, dejadme morir mártir-». Este es el deseo de los santos. No conocemos lo suficiente a Cristo, no lo deseamos porque no lo conocemos. Hemos de intimar con Cristo, hemos de conocerle profundamente y hemos de desearle por encima de todo.

¿Qué es el cielo? ¡**Una vida perfecta con la Santísima Trinidad**, la **comunión de vida y amor con Ella**! El amor insuperable. El cielo, sigue diciendo el *Catecismo,* es «el fin último, aquello para lo cual algo existe». ¿Para qué existo yo? Para el cielo y para vivir eternamente junto a Cristo.

Pero esa vida del cielo, ¿cómo es?, dice San Pablo: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana puede imaginar lo que Dios tiene preparado para los que lo aman» (1Cor 2, 9). Deseamos vivir eternamente junto a Dios en el cielo, pero además, no sufrir nada aquí; debemos apostarlo todo por el cielo, arriesgarlo todo.

Dice el *Catecismo* que este misterio sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura habla con imágenes: vida, luz, banquete de bodas, vino del Reino, Jerusalén celeste, paraíso… Son imágenes, solo sabemos que **es la plenitud***.*

**El Cielo y los Santos según el Apocalipsis**

¿Cómo podemos hacernos una imagen del cielo, cómo podemos saborear el cielo o de qué modo podemos anticiparnos a él?

El texto del Apocalipsis dice: «vi cuatro ángeles de pie en los cuatro ángulos de la tierra, que retenían los cuatro vientos de la tierra para que no soplase el viento ni sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol» (Ap 7, 1) Los cuatro ángeles del cielo ya rodean todo lo creado y todo lo que existe; todo lo demás ya ha desaparecido, es caduco.

«Después vi otro ángel, que subía del oriente y llevaba el sello del Dios vivo» (Ap 7, 2) y es un símbolo como el de Moisés, es el sello que iba a poner en cada uno de los que han vivido unidos a Cristo, es decir que va a sellar el cuerpo de Cristo, que somos nosotros, en tanto que estamos unidos a Él por la gracia.

«Y gritó con voz potente a los cuatro ángeles a los que se les había dado el poder de dañar la tierra y el mar: “no toquéis la tierra, ni el mar, ni los árboles hasta que hayamos sellado en la frente a los servidores de nuestro Dios» (Ap 7, 2-3) Todo aquel que esté unido a Cristo no sufrirá ningún daño; porque, ¿qué es el daño? ¿Qué es la muerte?: no estar junto a Cristo. El que está separado de Cristo ya se ha causado el daño.

«Y oí el número de los sellados de todas las tribus de Israel: ciento cuarenta y cuatro mil» (Ap 7, 4) Nombra a las doce tribus. El número 144 mil es un número de plenitud, el símbolo de la totalidad, es decir, todo el cuerpo de Cristo y todos los que vivan en Él. Todos los que vivan en gracia son ya el cuerpo de Cristo.

«Después vi aparecer una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua. Estaban en pie delante del trono de Dios y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos» (Ap 7, 9) La “vestidura blanca” es la gracia y las “palmas” son el martirio; son los testigos de Cristo, los que en su vida lo han transparentado, los que en la vida han sido otro Cristo, los que en la vida han vivido Su vida y los que han sido Su cuerpo.

Continúa diciendo: «Todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro seres vivientes. Cayeron de rodillas ante el trono y adoraron a Dios» (Ap 7, 11) Nos damos cuenta de la importancia de la adoración como principal fuente de alegría.

Aquí se dice todo lo que se puede decir de Dios; la vida feliz es aquella que ya no tiene en cuenta a uno mismo, sino que se vuelca en el otro: esta es la vida intratrinitaria –el Padre, para el Hijo; el Hijo, para el Padre; el Espíritu Santo es la donación del Padre para el Hijo.

La anticipación del cielo aquí es el culto a Dios, es la Eucaristía, es la adoración, es la anticipación más cercana del culto, por tanto, del cielo. Leyendo el capítulo séptimo del Apocalipsis entra el deseo de vivir de la presencia del cielo, anticiparlo a mi presente, al cual estamos llamados.

Anticiparlo, revivirlo, desearlo y apostarlo todo por él…

**Práctica semanal:** ¿Deseo el cielo?, ¿tengo siempre presente mi futuro del cielo o vivo a espaldas de él? Esta semana leer el capítulo 7° del libro del Apocalipsis. Cerrar cada día con una oración confiada en Dios. (Ten presente que el lenguaje apocalíptico es simbólico, impactante, nos anticipa la grandiosidad de lo que significa el cielo).